

Marcos 1:40-45

Sermón Marcos 1:40-45 Epifanía 6 2012 2 Reyes 5:1-14; 1 Cor 9:24-27. 292,35,219

“Vino a él un leproso que, de rodillas, le dijo: —Si quieres, puedes limpiarme. Jesús, teniendo misericordia de él, extendió la mano, lo tocó y le dijo: —Quiero, sé limpio. Tan pronto terminó de hablar, la lepra desapareció del hombre, y quedó limpio. Entonces lo despidió en seguida, y le ordenó estrictamente: —Mira, no digas a nadie nada, sino ve, muéstrate al sacerdote y ofrece por tu purificación lo que Moisés mandó, para testimonio a ellos. Pero, al salir, comenzó a publicar y a divulgar mucho el hecho, de manera que ya Jesús no podía entrar abiertamente en la ciudad, sino que se quedaba fuera, en los lugares desiertos; y venían a él de todas partes.” (Marcos 1.40–45)

En los últimos textos que hemos considerado, Marcos ha presentado la gran autoridad de Jesús. Vimos la autoridad con que llama a seguidores de tiempo completo para ser sus discípulos, y cómo cuatro hombres, Andrés y Pedro, Jacobo y Juan, dejan su trabajo y sus familias para seguir a Jesús. Vimos cómo enseñó con autoridad en la sinagoga, en contraste con los escribas. Porque sus palabras son directamente la palabra que el Padre celestial habla a través de él. Vimos su autoridad sobre los demonios, al expulsar un demonio de un hombre poseído, y al no permitir que el demonio testificara de quién era Jesús. Vimos cómo tenía poder sobre los resultados del pecado, como la enfermedad, cuando sanó a la suegra de Pedro, y luego cuando sanó a muchos otros enfermos y echó fuera a muchos más demonios. Todas estas cosas dan testimonio de que aquí tenemos que ver con alguien que es mucho más que un hombre común y corriente. Éste es, como el Padre testificó de él en su bautismo, “mi Hijo amado, en ti tengo complacencia” (v. 11).

Hoy tenemos otra manifestación del poder divino de Jesús, junto con su compasión. Le confronta el caso de un leproso, una terrible enfermedad que era tanto más terrible porque en su ley Dios había usado la lepra como una imagen de la separación que el pecado hace entre la persona y el Dios santo, y de la congregación santificada. Meditemos hoy en el tema: Jesús vence nuestra impureza. I. Quiere mostrarnos misericordia. II.

No permite que nada le detenga de mostrarlo. III. Busca que le obedezcamos en gratitud.

Durante algún tiempo en su ministerio en Galilea, se le acerca a Jesús un leproso. En Israel, eso fue un comportamiento escandaloso, inaudito. Para entender por qué, tenemos que ver lo que decía la ley del Antiguo Testamento acerca de los leprosos. La lepra era el término para una variedad de enfermedades de la piel. El leproso tenía que mantenerse alejado de la sociedad. Tenía que presentarse en la forma más repugnante y gritar “impuro, impuro”, para que nadie se acerque. Según el Talmud, tenían que mantenerse a una distancia de 50 pasos. Así otro grupo de diez leprosos a los cuales Jesús limpió de su lepra, clamó a él desde lejos. “El leproso que tenga llagas llevará vestidos rasgados y su cabeza descubierta, y con el rostro semicubierto gritará: ‘¡Impuro! ¡Impuro!’ . Todo el tiempo que tenga las llagas, será impuro. Estará impuro y habitará solo; fuera del campamento vivirá” (Levítico 13.45–46). Como su contagio y la forma claramente visible de la manera en que avanzaba la enfermedad retrataban la manera en que el pecado es contagioso e infecta a la humanidad, los leprosos “eran víctimas de mucho más que la enfermedad misma. La enfermedad les robaba su salud, y la sentencia impuesta sobre ellos como consecuencia les robaba su reputación, su trabajo, sus costumbres, su familia y compañeros, y la comunidad de adoradores”.¹

El que este hombre entonces se acercara a Jesús y se arrodillara en su presencia para pedir que lo limpie era algo inaudito. Hasta arriesgaba la pureza ritual de Jesús y de todos los que estaban en su presencia. Pero ahora que veía una mera posibilidad de que fuera limpiado de su enfermedad, no quería dejar que nada lo impidiera. Así que se acerca a Jesús con la petición: “Si quieres, puedes limpiarme”.

¿Qué revela esta petición acerca del hombre que la hizo? Revela el comienzo de la fe de que Jesús lo puede sanar. De lo que ha escuchado de Jesús, comienza a reconocer que Jesús es Dios venido a la tierra, porque se pensaba que sólo Dios podía curar la lepra. Sin embargo, había una duda. Aunque no dudaba el

¹ Edwards, J. R. (2002). *The Gospel according to Mark*. The Pillar New Testament commentary (68–69). Grand Rapids, Mich; Leicester, England: Eerdmans; Apollos.

poder de Jesús, no estaba seguro si Jesús querría limpiarlo, es decir, quitar la enfermedad de modo que podría ser pronunciado puro y permitido a volver a la sociedad. Los leprosos eran excluidos de la sociedad y temidos. ¿Querría Jesús ayudarlo?

Nuestro texto nos dice que Jesús le tuvo misericordia. Y luego Jesús hizo algo inaudito. Extendió la mano y tocó al leproso, y dijo: “Quiero, sé limpio”. Los leprosos eran inmundos. Cualquier contacto con ellos hacía al que lo tocaba inmundo, igual como tocar un cadáver, otra cosa que recordaba las terribles consecuencias y el temible poder contaminador del pecado. Inclusive los rabinos enseñaban que si un leproso estaba parado bajo un árbol, y otra persona pasaba bajo la sombra de ese árbol, quedaba impuro y estaba excluido de los rituales del templo. Pero Jesús, el santo y puro, no es contaminado por tocar este leproso. Más bien el leproso mismo es limpiado de su enfermedad y su impureza. La misericordia de Jesús vence todo obstáculo también. Y con su tocar al hombre, en lugar de ser contaminado por su enfermedad y su pecado, el hombre es contagiado por la santidad de Jesús. “Tan pronto terminó de hablar, la lepra desapareció del hombre, y quedó limpio”.

Cuando Adán y Eva pecaron, contaminaron toda la raza humana con el pecado y la culpa, trayendo la condenación a todo ser humano que nace en este mundo. Sólo Jesús, el Hijo de Dios nacido de una virgen, fue conservado puro de esta mancha terrible del pecado. Pero en su compasión vino a esta tierra contaminada tomando la semejanza de la carne del pecado, viviendo entre los pecadores, y finalmente tomando sobre sí toda la culpa y el castigo que merecieron todos los seres humanos. Así fue a la cruz, sufriendo allí la muerte, el castigo del pecado. Pero igual como el toque del dedo de Jesús y sus palabras de misericordia transfirieron la santidad, la pureza, la limpieza de Jesús a este leproso inmundo o impuro de nuestro texto, Jesús con su muerte y subsiguiente resurrección transfiere su justicia, pureza y santidad a nosotros los pecadores inmundos y condenados. “Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros seamos justicia de Dios en él” (2 Corintios 5.21). Así Jesús fue condenado como culpable, y nosotros, tocados por su amor, somos declarados justos y santos por medio de él.

¿Pero qué debe ser nuestra respuesta a la gran limpieza de nuestra mancha del pecado que él nos ha proveído? Hasta ahora, el leproso en nuestro texto, con su fe en Jesús y no permitir que

ningún obstáculo impidiera que llegara a Jesús en busca de su limpieza, ha sido un ejemplo positivo. Pero en lo que sigue, es un ejemplo de lo que no se debe hacer.

Dice el texto que “Entonces lo despidió en seguida, y le ordenó estrictamente: —Mira, no digas a nadie nada, sino ve, muéstrate al sacerdote y ofrece por tu purificación lo que Moisés mandó, para testimonio a ellos”. No se nos dice por qué Cristo ordenó al hombre no decir nada a nadie acerca de lo que le había pasado. Puede ser, como algunos han sugerido, que no quería que la noticia llegara a Jerusalén antes del hombre, que debería mostrarse al sacerdote y recibir el decreto de que ya estaba limpio de su enfermedad antes de que los sacerdotes se enterasen de que Jesús era el que había sanado al hombre. Esto luego resultaría ser un “testimonio a ellos”, una fuerte evidencia, frente a su propia oposición, de que Jesús era realmente el Mesías e Hijo de Dios que deberían haber recibido como el Redentor de Israel y del mundo. O puede ser porque realmente pondría obstáculos para que Jesús llevara a cabo su verdadero ministerio de predicar la palabra, al poner otra vez demasiado énfasis en los milagros y la ayuda física, como se indica cuando se informa de lo que pasó cuando el hombre desobedeció a Jesús.

Pero el hecho es, que el hombre no obedeció el mandato de Jesús. “Pero, al salir, comenzó a publicar y a divulgar mucho el hecho, de manera que ya Jesús no podía entrar abiertamente en la ciudad, sino que se quedaba fuera, en los lugares desiertos; y venían a él de todas partes”. Tal vez el hombre tenía las mejores intenciones. Tal vez estaba tan conmovido con el alivio que sentía por lo que le había sucedido que pensaba que no podía contenerse y que tenía que contar su experiencia. Pero el hecho es que desobedeció. Ni siquiera lo mencionó confidencialmente a uno o dos. “Comenzó a publicar y a divulgar mucho el hecho”. Y el resultado es que Jesús encontró su libertad de actuar restringida. “De manera que ya Jesús no podía entrar abiertamente en la ciudad, sino que se quedaba fuera, en los lugares desiertos”. Mientras antes el leproso no podía moverse en la sociedad sino tuvo que mantenerse alejado en los lugares deshabitados, ahora Jesús se encontraba fuera, en los lugares desiertos. Aunque ni allí podía escapar de las multitudes que acudían a él.

Siempre podemos ser tentados a pensar que nosotros tenemos mejores ideas de cómo se debe hacer el trabajo de la iglesia y

cumplir el objetivo de llevar el mensaje de Cristo al mundo que lo que nos indica Dios en su palabra como su voluntad en el asunto. Nuestro texto es un ejemplo del resultado negativo que resulta cuando sustituimos nuestras ideas por la obediencia a la voluntad de Dios que es lo que corresponde a nosotros como pecadores librados de la condenación y la muerte. ¡Qué irónico que los demonios tienen que obedecer a Cristo cuando les manda guardar silencio, pero el pecador librado por Cristo desobedece el mandato, pensando que él tiene mejores ideas que Cristo! Guardémonos de tal actitud. Más bien busquemos mostrar el amor por Jesús y su salvación, obedeciendo su voluntad y sirviéndolo conforme a sus mandatos. Dice Jesús en Juan 14: “El que tiene mis mandamientos y los guarda, ese es el que me ama; y el que me ama será amado por mi Padre, y yo lo amaré y me manifestaré a él” (Juan 14.21). Amén.